

Una hora de emoción

Montecarlo, 1906.

Obsesionado por el vertiginoso rodar del oro sobre el tapete, el jugador fué presa de un vértigo sobrenatural que le ausentó de las miserias mundanas, como si el voltejar intermitente de la ruleta fuese un placer de estetas ó de dioses.

Imaginaos todas las fantasías que pueden atropellarse en un cerebro de artista sobre un tema sinfónico en la gama del amarillo más esplendente; el deslumbrador reflejo de una aurora que se pulveriza sobre un trigal maduro; la visión de una crujiente plancha de acero llevada al rojo blanco en la fragua de un Vulcano implacable; los resplandores de un vasto incendio crepitante bajo la tranquilidad de un mediodía estival; un tupido jardín de mirasoles reverenciando, unánimes, al triunfante sol meridiano; el dorarse de las crestas abruptas por el tímido beso de un amanecer suavísimo; el solemne orecer de un ocaso sin nubes sobre un océano en calma; una copiosa cabellera de Afrodita rubia desplegada sobre el hombro de un amante insaciable. Toda la gama de imágenes que pueden relampaguear en la mente de un artista sobre la ilusión del amarillo más radioso: de la

mies, de la llama, de la aurora, del sol, del oro, todas se sucedieron como un vértigo en la cerebración inestable del jugador impresionado.

Fué una avalancha alucinante, una «sinfonía en rubio mayor», como la cantaran Baudelaire ó Mallarmé, como la pintaran Whistler ó Manet.

El gárrulo retintín del oro arrullaba sus oídos con música deliciosa: mágico sonar de campanillas sutiles, ágil murmullo de lluvia risueña sobre una galería de tersos cristales vibrantes en un silencio de media noche, rumor de frágiles olas quebrándose contra una roca de metal sonoro, desgranamientos de frescas risas en una boca juvenil cuyos dientes fuesen minúsculos bronces musicales: acaso la reducción de una sabia fuga de Bach, ejecutada por gnomos alegres en un clavecino de cuerdas tensas hasta lo infinito. El oído complicaba así las alucinaciones de su vista. En su cerebro una imagen sucedía á la otra walkirianamente, como aparecen las visiones en los cuentos de hadas, como se forjan y disipan los acontecimientos en el desbarajuste fantástico de un sueño acicateado por el haschich.

Sus manos entraban y salían del montón de oro que apenas cabía entre sus brazos, cual si estuvieran amasando un mitológico pan áureo, como si se lavaran en una imperial jofaina digna de Domiciano ó de Nerón. Las monedas no tenían valor alguno; el oro no valía como oro, sino como elemento material de emoción y de belleza. Las placas de cien francos y los luises eran simples manchas de color en el «capricho» de un Goya extraordinario, notas en la armonía refinada de un Grieg profundamente frívolo.

La fortuna desbordó como un aluvión. Un Luis, cincuenta luises, mil luises, más de tres mil luises.

No había fichas ni billetes sobre los números: oro, todo oro, puñados de oro, pilas de oro, montones de oro. El tapete verde parecía, primero, un hesperidio jardín; después, como por arte de encantamiento, la verde fronda se cuajó de frutos áureos, de tantos frutos que era ya imposible ver el fondo de las hojas, como el friso decorativo que ornara una composición arcaicamente idílica de Puvís de Chavannes. El tapete aluciaba. Un millonario yanqui distraíase en la otra mesa con aparente desgan; tenía entre sus brazos quinientos mil francos en oro. Ante el pagador era un ir y volver de cajas llenas de luises y placas, relumbrantes como espejos feéricos. Los escudos habían desaparecido; hubiera sido vergonzoso jugarlos en tales mesas.

El jugador era novicio, virgen acaso. Compró veinticinco luises, y sin sentarse arrojó uno sobre el número de sus años. La bola pareció simpatizar con su inexperiencia y fué á caer en el número apuntado. El jugador dejó cinco luises en el mismo sitio: el número se repitió. Los cuatro mil francos ganados en menos de medio minuto, estorbaban ya sus manos. Repartió un puñado al azar; salió un número en que había muchos luises. Le entregaron casi diez mil francos antes del segundo minuto.

Ocupó un asiento. Los otros jugadores comenzaron á suspender su juego; los coros callan siempre cuando aparecen las primeras partes. Le rodearon cincuenta curiosos: el yanqui entretenía á más de doscientos. Un amigo experimentado permaneció de pie, detrás de su silla. Fueron entonces las siembras de placas, el flujo de discos relucientes que saltaban como gotas en aquel Iguazú de orfebrería.

El jugador estaba fuera de la realidad. No veía ni oía más que el tropel de sus imágenes mentales.

Conservaba el bello gesto, con la sonriente serenidad que sólo es posible en la subconsciencia de la emoción. Sus ojos parecían estar envenenados por una pródiga dosis de santonina: veía sus manos brillantes y amarillas, las caras amarillas, los trajes amarillos, las luces amarillas, los números amarillos; el rojo y el negro eran amarillos también. Los puñados de oro caían sonoramente de sus manos, como si éstas agitaran sistros de la Hélada antigua. Tanto sembraba, que en todas las puestas recógía puñados de oro, aunque perdiera. ¿Perder? Perder era un verbo sin sentido; jugaba para mover puñados de luises y placas, sin contar las puestas y sin calcular las diferencias del beneficio. El necio y el ingenuo juegan para ganar; un artista sólo juega para gozar.

En una recogida, al pasar su brazo como una hoz sobre el tapete, rodaron al suelo varias placas, dos ó nueve. Un sirviente las recogió; iba á incorporarlas al cauce cuando un gesto le significó que las guardase, sin averiguar cuántas eran.

Antes de media hora tenía más de veinticinco mil francos. Su amigo le tocó el hombro:

—Levántate...

—No. Como dinero, es poco. El placer de la emoción vale mucho más. Con esta suma no puedo comprar mi libertad, no puedo eludir la obligación de trabajar para vivir. No es el millón de duros que necesito...

—Levántate, no seas ingenuo...

—¿Ingenuo? Artista debes decir. Mirame en los ojos; ve en ellos la emoción del que se deleita frente á un paisaje hermoso. Esto no es una industria ni un negocio; esto es una belleza. Ninguna belleza tiene precio; no lo tiene el Partenón, ni un canto de Homero, ni la Venus de Milo, ni el amor

de madre, ni la *Gioconda* de Leonardo, ni el huracán sobre el Monte Blanco, ni un volumen de *Paradojas*, ni un crepúsculo sobre el Foro Romano. Esto es también una emoción, una emoción de belleza, de belleza unánime...

—¡El treinta! —interrumpió una voz.

Había sobre él una placa plena y cuatro «á caballo»: diez mil francos de ganancia.

El amigo, insensible á las razones artísticas, se resignó ante ese argumento irresistible.

* *

Como libélulas vaporosas que tienden sus alas gráciles hacia una luz intensa, abriéndose paso por entre los curiosos, cinco ó diez mujeres elegantes le cercaron, abanicándole con las plumas coquetas de sus sombreros y envolviéndole en su halo doblemente embriagador: esencias floreales y perfumes de carne joven. Las jugadas se sucedían rápidamente; en los brevísimos intervalos las damas le enderezaban felicitaciones, consejos y galanteos. El jugador las miró apenas y volvió los ojos al tapete; no eran la Montespán, la Pompadour, ni siquiera la princesa de Chimay. Quince tontos anotaban las jugadas en sus libretas; eran perdedores profesionales, según lo decían sus caras macilentas, dignas de ornar un purgatorio dantesco. Un judío, prestamista sin duda, se estremecía de envidia. El *croupier* estaba impasible. El amigo palidecía y temblaba. El jugador no comprendía un ápice, profundamente distraído por el exceso de atención.

Durante varios minutos la suerte se mantuvo indecisa, como paloma mensajera que aun no puede orientarse. En seguida volvió á ser favorable

seis ó diez jugadas. Las bellas mujeres se acercaron más, hasta oprimirle con sus curvas temblorosas de juventud y de deseo. El prestamista clavaba en el oro sus ojos desmesuradamente abiertos. La esposa del americano que se distraía con quinientos mil francos dejó su sitio, se aproximó y le dispensó el honor de mirar su juego durante un par de minutos.

—¡El cero!

No había una sola moneda. El empleado recogió treinta ó cuarenta placas de cien francos. El jugador colocó cinco sobre el cero, cinco á los cuatro primeros números y tres pilas de luses «á caballo» con el as, el dos y el tres.

—¡El cero!

El jugador sonrió levemente, como un niño terrible que acierta una ocurrencia. Más de cuarenta curiosos abandonaron al yanqui y acudieron á su mesa: las fragilísimas cortesanas le estrecharon aun más, como ciñen á una gema los dientes del engarce.

Todo el atractivo de su juego eran la rapidez del éxito y la visible irreflexión con que esparcía las puestas. ¿Estaba emocionado? No se veía, pero lo estaba profundamente; el oro—no el dinero—tiene esa virtud. ¿Recordáis la prodigiosa página de D'Annunzio, en la *Ciudad Muerta*, cuando el protagonista refiere el hallazgo de los sarcófagos de oro entre las ruinas de la ciudad helénica? La fantasía del sumo creador de imágenes ha poetizado—sin poderla exagerar—la emoción de los primeros ojos que vieron el hallazgo de Enrique Schliemann en las ruinas de Micenas.

* *

Sucedieronse varias jugadas desfavorables. Una mano inquieta le asió del brazo, como una garra, mientras corría la bola.

—Vamos, no seas caprichoso...

La bola dió su respuesta irónica, entrando en un número lleno de oro. El jugador miró á sus amigos sonriendo.

—¡No importa! ¡Vamos!—insistió el otro, sin comprender la absoluta inutilidad de sus palabras.

El imán era demasiado poderoso y el hierro hartó dulce. El jugador no se movió; aparte su placer interior, tenía público y no podía defraudar la curiosidad de cien miradas.

Hubo pocas alternativas. En pocos minutos no le quedaban ni cinco mil francos.

—Vamos...

—¿Por qué pretendes interrumpirme este goce de perder?

El jugador se puso de pie, satisfecho y sonriente; repartió su oro en una sola jugada y echó las manos en los bolsillos.

La bola partió, veloz como una flecha disparada por Diana contra un centauro descortés. Rodó levemente, y rodó, y rodó—*rien ne va plus!*, gritó una voz—, y entró en la rueda con estridores de juguete infantil; tropezó en un número, ¿cuál?, dió un brinco, pasó al lado opuesto, volvió á saltar, dió otro salto más pequeño, tropezando en varios números antes de caer en el preferido: como cae un chico travieso fatigado por sus correrías.

El espectáculo había terminado. Ya no había placas en la mesa; el público jugaba escudos y luises. Los curiosos habíanse dispersado. Las mujeres galantes no estaban allí; habían huido como las mariposas de una luz que se apaga. El judío mostraba como antes su cara de Harpagón en

acecho. En la otra mesa el yanqui proseguía su distracción abundante y monótona, barajando su medio millón inagotable.

—Eres un caprichoso...

—Soy apenas un artista y me encantan las emociones bellas...

—Perder...

—Es mejor que ganar. Se goza más. Embriaga más, ciega más si quieres, pero es más emocionante, más bello. ¿Qué habría hecho con tres mil luises? ¿Habría podido comprar un minuto de esta bella emoción?

* * *

Para algunos temperamentos esa es la verdad. El orgullo más grande es saber perder.

El dinero nada vale en sí mismo; vale por los placeres que puede proporcionarnos. Allí está la diferencia entre el criterio de un artista y el criterio de un burgués. Este es incapaz de pagar con puñados de oro un minuto de emoción; antes piensa la cantidad de platos succulentos que puede costearse con ese dinero, el tanto por ciento que podría dar en un banco, los buenos litros de Borgoña y de Barbera que abreviarían sus fauces insaciables: huelga decir que ignora el Falerno de los césares. El artista, en cambio, vive de emoción; la vida sólo merece vivirse á precio de la diversidad continua y de lo inesperado permanente. Sólo es bueno tener dinero para gastarlo con provecho: comprarse una bella emoción es la mejor manera de gastarlo.

El problema queda reducido á esto: perder dinero en el juego, ¿es una bella emoción?

Sin negar que también lo sea ganar—cuestión de temperamento—, perder es magnífico. Modos de

ver, al fin. Ganando goza cualquier espíritu inferior. El rebaño goza cuando crece el pasto, que es su ganancia; goza el labriego cuando sube el precio de la alfalfa; el tabernero cuando sus vecinos beben más alcohol que de costumbre; el propietario advenedizo cuando se elevan los alquileres; el prestamista cuando vence el plazo y no se retira la alhaja empeñada; cualquiera cuando gana la lotería. Todos ellos quieren ganar dinero por el gusto de ganarlo y de tenerlo, asegurándose el pan y el techo para la vejez. Un espíritu amante de la vida intensa ve las cosas de otro modo. El dinero no es un fin, el pan de la vejez no es un problema. La vida es un hecho actual, independientemente del porvenir; es necesario vivirla intensamente, ahora por de pronto, mañana si es posible. El placer actual, realidad indiscutible, no puede sacrificarse al problemático mendrugo futuro; por eso muchos artistas mueren pobres; pero han vivido su vida. El dinero sólo pueden ansiarlo como instrumento para satisfacer la innumerable serie de placeres concebidos por su fantasía.

* * *

Los ingenuos objetarán: el juego es un «placer inútil». El adjetivo inútil no puede calificar al sustantivo placer; «placer inútil» es una simpleza.

Lo útil es el negocio; el placer no tiene por qué ser útil, y el juego es por definición una cosa inútil. Para el carnero, el labriego, el tabernero, el advenedizo y el prestamista, ¿hay nada más inútil que escribir la *Iliada*, pintar la *Cena*, modelar el *Moisés* ó edificar el Partenón, si por ello no se gana dinero? Para el criterio burgués, Homero, Leonar-

do, Miguel Angel y los arquitectos de Pericles fueron grandes perdedores de tiempo si no cobraron por su trabajo: ¡cuántos platos de lentejas podrían distribuirse con el precio de una columna del Partenón!

La belleza no puede medirse por su utilidad en metálico; la emoción que nos proporciona vale por sí mismo y no por el provecho material que nos reporta. ¿No pagamos para oír una sinfonía de Beethoven ó una ópera de Wágner? ¿No pagamos para visitar el Foro Romano, la Galería Pitti ó una exposición de arte moderno? ¿No pagamos para llegar hasta el Niágara ó el Iguazú?

Y bien; un jugador se paga su emoción de belleza en la forma que la siente. ¿Goza perdiendo? Pues á perder; para él eso es lo mismo que pintar para Leonardo y esculpir para Miguel Angel.

El juego arruina, se objetará, y es exacto. ¿Cuántos hombres viven y mueren pobres porque aman las bellas artes? ¿Cuántos se arruinan por el amor de una mujer, que es para ellos la más hermosa? ¿Cuántos por ver de cerca el cráter del Vesubio ó por contemplar el mundo desde un aerostato inseguro?

El juego solamente es hermoso y respetable cuando se está dispuesto á perder, cuando sólo se busca en él una bella emoción.

Jugar para ganar es una forma sencilla de la avidez, digna de filisteos y de domésticos; no jugar por no perder, es una impotencia ó una inferioridad, como la del que no asiste á una ejecución de *Los Maestros Cantores* por no pagar el precio de la butaca. Jugar para perder es un bello gesto, como lo es toda satisfacción de un deseo, por caro que sea su precio.

Dicho queda, con esto, que ninguna persona

razonable debe ir á Montecarlo con la ilusión de ganar un solo franco. Jugar es perder, y sólo es bello cuando el perder no importa ni perjudica; en Montecarlo sólo ganan los accionistas, y cada jugador contribuye á amasar los cuarenta millones que ellos se distribuyen anualmente. Las ganancias fabulosas y los afortunados que hacen saltar las bancas, ya no existen. Nadie puede contar eso honestamente; parece que su alteza el príncipe de Mónaco prohibió la entrada á Tartarín de Tarascón. Era el único ganador de millones.

Antes de venir á jugar, los que ignoren la locura que acompaña á esta bella emoción de perder, procederán cuerdamente leyendo *El Jugador*, de Dostoyewsky—cuadro perfecto—y algunas páginas eficaces de Barrés y de Bourget. Ellos enseñan que el juego es vicio, es ruina, es deshonra, es suicidio.

Lo peor es que miente el adagio: «Desgraciado en el juego, afortunado en el amor.» En Montecarlo el amor se compra y cuesta caro; el que pierde se queda sin dinero y sin amor.

La vanidad criminal

Roma, 1905.

Este fenómeno llamó especialmente nuestra atención al visitar algunas cárceles de Italia.

De pronto, rimando el tono de su voz con el matiz grisáceo de la tarde sin sol, un calabrés con cuello de toro y manos como garras, conciudadano de Musolino, nos guiñó el ojo picarescamente. Vivía más satisfecho en la cárcel de Roma que en su montaña abrupta. Mirando su cara simiesca parecía leerse en ella la satisfacción de un hombre que ha realizado su ideal. Mientras recorriamos los corredores cenicientos, cuya penumbra cobija tanta lacra pavorosa y donde cada alma es una pústula, el calabrés nos tocó el hombro á hurtadillas, para que no le vieran los empleados del establecimiento.

—¿Es usted el profesor?—nos preguntó.

—Sí; ¿por qué?

—¿No querría publicar mi retrato en algún diario ó libro suyo, como hicieron con el de Musolino?

—Pero usted no cometió crímenes tan grandes...

—Porque no pude. Mas le juro que cuando vi en un libro el retrato de Pepe, y más tarde en todos los diarios, sentí anhelos de ser un gran hombre como él. Desgraciadamente fallaron mis proyectos. Me tomaron en seguida. Porque si no...